

Es interesante el artículo que el 24 de diciembre publicó en este diario Gladys Marín, presidenta del Partido Comunista, bajo el título de "Para construir la verdad". Por lo mismo, y dado el debate actual y sus posibles consecuencias, conviene hacer un comentario.

Hace Gladys Marín, en primer término, un fuerte elogio de la Declaración Universal de los Derechos Humanos; justifica, sobre esa base, la situación actual del general (R) Pinochet, estimándola una "inmensa lección de realidad y humanidad"; critica la posición del gobierno, de la Concertación y de sus precandidatos; rechaza lo que llama "democracia de los consensos"; plantea diversas medidas para avanzar hacia una sociedad democrática y termina con un llamado a todos los chilenos. El PC, dice, tiene una política de presente y de futuro.

Es de todos conocido que el PC fue una víctima preferida de la represión ejercitada por el gobierno militar. Este supuso que el PC mandaba la acción de las colectividades no derechistas sin excepción. Su habilidad era tan grande, que el propio gobernante, el señor Pinochet, decía que los comunistas "no tenían tiempo", sin darse cuenta de que con ello les hacía el mayor elogio. En efecto, eso significaba que tenían una verdad eterna y habían de imponerse al final. Por eso la liquidación física de su gente era indispensable.

En consecuencia, la represión fue salvaje. Ningún comunista merecía respeto. Fueron sometidos a torturas, al asesinato, a los desaparecimientos, al exilio los más afortunados. Todo aquel que defendiera los derechos personales y políticos de los perseguidos pasaba de inmediato a ser considerado como servidor del comunismo y, por tanto, merecía también cualquier medida de castigo. Tal criterio facilitó la acción destinada a suprimir la actividad de los partidos en general. Se constituyó un poder absoluto que fue aceptado como gran triunfo por los sectores sociales de mayor poder. Esa imagen permanece en los partidos de derecha.

Hoy la situación es otra. El PC actúa con libertad dentro de la democracia chilena. Es tenaz opositor al gobierno de la Concertación, donde figuran algunos que antes fueron sus aliados. Por lo mismo se abre la pregunta de si el PC actúa sólo como revancha por no estar en la alianza de gobierno, o si tiene razón para

desechar la acción de éste dentro del régimen instaurado después de la dictadura. Vamos a tomar dos puntos. Uno es el de la legitimidad de una posición que niega el progreso realizado a partir de la caída del gobierno militar. El otro se refiere a la actitud de los comunistas chilenos sobre derechos humanos.

1. Hay que examinar la forma en que los chilenos pasamos de la dictadura a la democracia. Con frecuencia esto ocurre por medio de un golpe revolucionario o de un factor ajeno, como puede ser una guerra internacional. Cuba es un ejemplo de lo primero y Argentina de lo último. En ambos casos hubo batallas y nuevas muertes. En Chile no sucedió así. El régimen militar entregó el poder

después de dos actos eleccionarios. Una conciencia político-social muy fuerte derrotó a la dictadura dentro de sus propios estatutos legales.

Es obvio que, en ese momento, el nuevo gobierno no podía romper todo lazo con la realidad anterior. El peligro estaba vivo.

La única estrategia posible era la de ganar la democracia con los votos y establecer una política progresiva para salir de los fundamentos y de las estructuras dictatoriales.

Creemos que el gran error de las estrategias que ensaya el extremismo de izquierda es precisamente actuar sin sentido histórico. Es necesario recordar que el tránsito a la democracia, sobre la base de la institucionalidad establecida por el

gobierno militar, fue propuesto por el PDC, aceptado por las dos ramas socialistas y también expresamente, más tarde, por el PC.

Quien acató dicha estrategia, que resultó triunfante, tenía sus limitaciones: no puede ahora pensar como si hubiese vencido su línea de vía

armada o violenta. Esta nunca amenazó siquiera a los militares. Sólo les permitió justificar nuevos atentados contra los derechos de las personas. El PC, creemos, no tiene razón hoy para suponer que otra línea pudo ser más acertada ni ponerse en el caso de que venció su estrategia anterior. De ahí que la crítica que hoy dirige a la Concertación sea, a nuestro juicio, errónea. No toma en cuenta los factores históricos y presupone que el militarismo chileno fue vencido por sus propias estrategias, evidentemente utópicas. Todo lo cual no impide que el gobierno democrático sea constantemente requerido por la ciudadanía para que avance cada vez más en la conquista de mayor democracia. Nadie

JAIME CASTILLO VELASCO

piensa hoy que el PC podría ser el eje de un futuro gobierno.

2. El segundo punto también es importante. Nadie ignora que la caída del muro de Berlín significó el conocimiento de la verdad acerca de los regímenes comunistas. Los derechos humanos se violaron allí a una escala grandiosa. Ello sucedió antes y después de la Declaración Universal de las Naciones Unidas. Luis Corvalán, ex secretario general del PC chileno, lo ha reconocido sin ambages en sus memorias. Pero, que se sepa, el PC chileno no ha realizado hasta ahora una reflexión crítica sobre lo que fue su conducta de sumisión ante esos hechos.

Tales circunstancias obligan a pensar que en el PC debería haber una mejor forma de tratamiento hacia la Concertación. Todos debemos concluir que la noción del respeto a los derechos humanos es la regla de nuestra época.

Las críticas puramente negativas o absolutas no sirven para nada. Se trata de colaborar con la democracia, dentro de las circunstancias históricas, y pensar que los cambios son siempre graduales. Cosa que no impide perseverar para seguir cumpliendo con los ideales del humanismo.

Debiéramos esperar una línea política así de parte de quienes sufrieron aquí una dictadura y experimentaron históricamente lo que es una sociedad totalitaria.

